

CAVAFIS
Constantinopla-1885 / Cartagena-1985
(Homenaje privado)

Carmelo Vera Saura

Siendo uno de los poetas extranjeros que mejor se conocen últimamente en España me voy a permitir un regocijo personal, sólo permisible por ese profundo amor que uno tiene hacia ciertos escritores o poetas que ya forman parte del mundo íntimo e intransferible de una persona: me refiero al aniversario privado de la estancia de Cavafis en Constantinopla (hoy Estambul) justamente hace 100 años. Allí vivió de 1882 a 1885, es decir, entre los 19 y 22 años, y precisamente quizá sea la afinidad de la edad lo que me haya impulsado, en última instancia, a tan gozosa efemérides. Porque, por supuesto, otros motivos poderosos hay que se dejarán traslucir contrastivamente en los breves motivos de exposición.

Desde luego Cartagena no posee el sincretismo y la promiscuidad de Constantinopla, pero transmutados, el mar es el mismo, y la brisa, y el oro de la tarde, y el rumor de los cuerpos que pueblan las calles. Cambia el personaje, pero la sensibilidad también es la misma. Desgraciadamente la Cartagena de 1984, cuya fama llegó a las Indias, es aún (incomprensiblemente) más impermeable (reducto militar de

involución) que la Constantinopla de 1884 a esas palabras tantísimas veces repetidas por nuestro poeta, por mí, y por otros artistas que crecen en el último reducto de la libertad: la belleza y el placer.

Dos hechos marcan decisivamente la vida de Cavafis en dicha ciudad: la precariedad y el inicio de sus relaciones homosexuales. Sus primeras relaciones nunca contarán como un hecho que sucedió en el tiempo y que paulatinamente van perdiendo magia y estímulo. Su estructura vital jamás concebirá el sexo con un medio, algo relegado a un sentimiento enmascarado por las parafernalias cotidianas. Cavafis siempre concebirá el sexo como un fin en sí mismo, y más que sexo yo diría erotismo, esa zona penumbrosa donde se confunden amor, deseo, atracción, belleza, platonismo...

En Constantinopla comenzará el estudio de la literatura griega, de la historia de la antigua Grecia, de Roma y de Bizancio (y yo tengo el presentimiento de que comienza a conocer la poesía árabe y persa), comenzará también a escribir sus primeros poemas y, como he apuntado antes, iniciará su andadura por eso tan breve y tan largo que se llama erotismo.

Su penuria económica se hace patente a la hora de poder comprar libros, y puesta de manifiesto por el hecho de que sus hermanos le mandan dinero a él y a su madre, sobre todo su hermano Yanis, que tanto lucharía por él. Su experiencia vital está llena de conflictos íntimos por el temor a revelar su inclinación homófila, sobre todo en su relación epistolar con sus amigos Mijail Peridis y Stéfanos, los cuales le piden que les cuente asuntos personales, e incluso le invitan a ir "al Arapina para ver a las mujeres árabes y turcas cómo bailan desnudas". Parece ser que Cavafis tuvo alguna relación con mujeres durante esta época, pero no pasaría de un mero hecho.

Stéfanos se queja: "No me escribes nada de tu vida privada". Su inclinación sexual comenzó a manifestarse en Constantinopla, en 1883, a los veinte años, con su primo Yorgos Psiliaris. No se sabe si su primo fue su amante, su confidente o si ambas cosas a la vez: De tales primeras experiencias nace un pequeño poema en septiembre de 1915:

Cuando entré en la casa del placer,
no me quedé en el salón donde, con cierto decoro,

se celebran aceptados juegos de amor.
Me fui a las habitaciones secretas
y en sus lechos me recliné y me eché,
que ya cuando yo era muchacho
mi cuerpo deseaba ilimitadamente.
Me fui a las habitaciones secretas
cuya sola mención avergüenza.
Mas yo no siento vergüenza, porque entonces
¿qué poeta sería yo y qué artista?
Mejor haber sido un asceta. Estaría más a tono,
mucho más a tono con mi poesía
que hallando placer en el promiscuo salón.

O este otro de 1913, que pasa por ser uno de los más logrados del corpus cavafiano:

Nada me ató. Me liberé de todo y caminé.
A placeres que, medio reales,
medio soñados, rondaban en mi alma,
a través de la noche iluminada.
Y bebí de los más fuertes vinos, como
de los que beben los héroes del placer.

El verbo cavafiano es de una perfección asombrosa. Nunca o muy pocas veces se ha dicho poéticamente ese sentimiento de liberación humana y sensual con tan pasmosa sencillez y tan estemecedora emoción. Pero entonces, a aquella edad, no comprendía Cavafis la verdadera y profunda significación de esos primeros gozes, gozes que más tarde se pondrán al servicio de una estética rigurosamente definida y acabada. A aquella edad no operaba aún la consciencia de una juventud madura, hecho que nos explica que nuestro poeta no fue precoz, no poetizó su experiencia en el momento en que ésta nacía, porque (hay que decirlo francamente) no tuvo la capacidad para ello en aquel entonces. Cavafis, frente a otros poetas geniales en la juventud, tuvo su genialidad en plena madurez.

No todo fueron gozos y alegrías. Las tendencias eróticas de Cavafis lo sumergen en una gran angustia frente a la sociedad de su tiempo.

Hay una nota en sus manuscritos inéditos donde nos dice: "Esta noche me pasó por la imaginación escribir acerca del amor. Sin embargo no voy a hacerlo. ¡Qué fuertes son los prejuicios! Yo, por mi parte, me he liberado, pero pienso en los que todavía están ligados a ellos y bajo cuyos ojos podría caer este papel. Me contengo. ¡Qué cobardía! Tener que señalar con una letra "T" como símbolo de este momento. 9-XI-1902. La letra "T" no se sabe con exactitud qué significaba. Probablemente suple el nombre de una persona, o, como se puede interpretar, significaría la inicial del poema "Muros" (Teΰxh en griego) de 1896:

Sin miramientos, sin piedad, sin pudor,
grandes y altas murallas en torno mío levantaron.
Y ahora estoy aquí sin esperanza.
No pienso sino que este destino devora mi razón;
porque fuera mucho tenía yo que hacer.
¿Por qué, ay, no reparé cuando iban levantando la muralla?
Mas nunca oí el ruido ni la voz de sus autores.
Sin sentirlo desde fuera me cercaron.

Es una imagen serena pero dolorosa la que describe Cavafis sobre esa barrera de prejuicios morales y sociales que levantan a su alrededor lentamente.

Hay otro poema de 1918, "Comprensión", que reflexiona sobre lo que representó su juventud inclinada a los placeres. Cavafis ve en su experiencia la preparación de su estética posterior, pero ya desde esa estética madurada. La poesía para Cavafis supone una intensificación de la vida, un embellecimiento de lo vivido. No se refugia en la poesía como desahogo a sus tristezas o frustraciones. En él no hay renuncia (como en el poema: "yo que odié los amores y los goces de rutina") es una renuncia al sentimiento mediocre y nunca a la vida. De ahí resulta que lo que fue hermoso en la vida en el poema asciende en la escala de la belleza para hacerse apolíneo:

Los años de mi juventud, mi vida de placer
con cuánta claridad veo ahora su sentido.

Qué inútiles remordimientos, qué estériles...
Pero entonces no veía el sentido.
En medio de mi vida disoluta de juventud
iban formándose las tramas de mi poesía,
se iba dibujando el contenido de mi arte.
Por ello jamás hubo firmes arrepentimientos.
Y los empeños por dominarme, por cambiar,
duraban dos semanas a lo más.

Como anteriormente he apuntado la poética de Cavafis es *a posteriori* de las experiencias, es decir, comprende el sentido de ellas mucho tiempo después de haberlas vivido. Él mismo nos lo dice: "Pero entonces no veía el sentido". Es el único reproche que se puede hacer a esa filosofía hedonista cavafiana, la no consciencia del goce de los años de juventud. Nuestro poeta de Cartagena ha escrito en 1983:

Pensar en la juventud ahora
que gozamos y somos jóvenes
es el verdadero paraíso terrestre.
La juventud es la más alta razón de amor
y la adolescencia su más bello atributo.

Y ello exactamente cuando tenía 21 años, la misma edad que el Cavafis de Constantinopla, pero he ahí el único y poderoso elemento diferenciador que ha operado en 100 años de conciencia poética, no de civilización: la consciencia de que ser joven, gozar la juventud (o poder gozarla), la edad de mayor hermosura física es la mayor felicidad que puede existir en este mundo. Así termina otro poema de nuestro poeta cartagenero:

Nunca tendremos la piel tan madura
para el amor.

De recordar la juventud en la madurez se pasa a ser consciente de la dicha juventud siendo joven. Del recuerdo idealista cavafiano (todo recuerdo es idealista de por sí) a la tensión presente, breve y efímera, pero consciente. De ahí que abunden en Cavafis poemas que recrean

(magistralmente, claro) el pasado, con todos sus errores y frustraciones, lo que pudo ser vivido y no se vivió, poemas como "Deseos" de 1904, "Desde la nueve" de 1918, "Un viejo" de 1897, o "Septiembre de 1903" de 1904; en este último nos cuenta con frialdad increíble:

Ahora me engaño al menos con ilusiones
para no sentir mi vida vacía.

Si bien Cavafis recordó los placeres de juventud no consumados, jamás hay en él un triste resentimiento o una posición derrotista que ponga en peligro su propio ego, su visión apasionada de la vida. La clásica lamentación no existe en su obra, he ahí uno de los principales rasgos que lo diferencian de muchos poetas, por ejemplo del tono lamentativo de nuestro Cernuda. En este sentido Cavafis estaría compuesto por tres fenómenos sobre todo: el sentimiento que se experimenta, el recuerdo (siempre idealista), y el deseo en su sentido platónico de querer concordar la belleza física con la idea de belleza.

Si bien antes me he referido a la poética a posteriori cavafiana, algo tendría que matizar, y es que Cavafis sentía la necesidad de distancia temporal para que sus experiencias se plasmaran en versos, como él mismo nos dice al final de un poema de 1921:

Cómo se ha enriquecido, en cambio, la vida del poeta.
Mañana, pasado o años más tarde se escribirán
los versos vigorosos que aquí tuvieron su comienzo.

Pero hay que pensar que esta postura es propia de la madurez del poeta, y que en la adolescencia de sus 20-21 años no era consciente de la vida que tenía en sus manos ni de lo que representaban aquellas experiencias con respecto a su futura poética. Cavafis, hay que decirlo, no tuvo la capacidad de plasmar poéticamente los placeres de su adolescencia al mismo tiempo que los experimentaba. En este sentido vida y poesía quedan disociados por el tiempo para quedar asimilados posteriormente en la conciencia del poeta. Cavafis no fue un poeta precoz. Vivió antes de escribir. La síntesis de ambas lo hubiera hecho otro Rimbaud. Precisamente por esa sensación de

insuficiencia en la distancia temporal respecto a la experiencia excluye de su selección definitiva "Media hora", un espléndido poema erótico de 1917, poema que lleva el sello inconfundible de este orífice del verso erótico:

Ni te he poseído, ni nunca, creo,
te poseeré. Algunas palabras, un contacto,
como en el bar anteayer, y nada más.
Es, aunque no lo diga, triste. Mas nosotros, siervos del Arte,
en ocasiones con la intensidad del pensamiento y, desde luego,
sólo por poco tiempo, creamos un placer
que parece casi real.
Así en el bar anteayer -con la ayuda, por lo demás,
del muy compasivo alcohol-
gocé media hora de total erotismo.
Y lo comprendiste, me parece,
y adrede te quedaste un rato más.
Era sumamente necesario. Porque
con tanta fantasía y el mágico alcohol
tenía que mirar tus labios,
tenía que estar cerca de tu cuerpo.

No hay frustración, ni símbolos, sólo estemecimiento, sinceridad, tensión interior de un sentimiento que posee tanta belleza como el ser amado. El sentimiento sublimado como embellecimiento, como otro ser que existe en nosotros y que merece nuestro culto para ascender en la escala de la belleza.

Frases totalmente aplicables al poema anterior son éstas de Juan Gil-Albert: "La resignación es el acatamiento del fracaso; sólo eso. Nuestro amor sobrevive, y es por lo que podemos sentirnos desgraciados, no derrotados -la derrota estriba en perder facultades. Son, pues, desgracias vivificantes. Aceptémoslo. Y bendigamos nuestro sino".

No es fácil seguir el camino emprendido por Cavafis. Quien busca la belleza y el placer debe renunciar a muchas cosas: dogmas, lisonjas, envidias, rutinas, banalidades, hopocresía... esa es la belleza que buscaba nuestro último poeta del helenismo.

A sus veinte años, delgado, medurado, ávido, estudioso, estremecido y

temeroso ante la belleza física, de la mano de su primo Yorgos o solitario por las calles, sentía la llamada de la que fue su más alta razón de vida, en aquella ciudad donde placer y cultura comenzaban a formar su sabiduría de poeta. Aquel Cavafis que vagaba por las calles de Constantinopla quizá renazca en estos versos de un poeta que vaga por las calles de Cartagena:

Vivo constantemente seducido.
Vago por las calles impresionado y ocioso.
Me gusta pasear levemente
por esta ciudad
donde los placeres son humildes.
El tiempo halaga los sentidos.
Anoche disfruté una calma inefable.
El aire estaba imperceptible,
los árboles quietos,
las sensaciones blancas como una página.
Cuando la naturaleza calla
la amistad se ahonda
y el amor transparenta como el aire.
La luna entre las nubes
fulgía como un sueño
que se acaricia entre gasas.
Pusiste una flor amarilla en mi solapa,
y luego, sudorosa bajo las sábanas,
me besabas.
Hoy me envuelve una inmensa quietud.
Entre la exaltación y la nostalgia
la felicidad es una rara armonía.
No añoro nada. El tiempo
es un sosiego meridional e intenso.
Sólo me apetece pasear y adormecerme
entre los versos de algún poeta.

Cartagena 12, Octubre, 1985